

Boletín 85 Editorial

MAYO-JUNIO DE 2000



Alfonso Rangel Guerra

Fernando Salmerón, José Gaos profesor de filosofía

Enrique Díez-Canedo

La Comedianta y la Reina Loca

(Dos retratos del tiempo de la gran guerra)

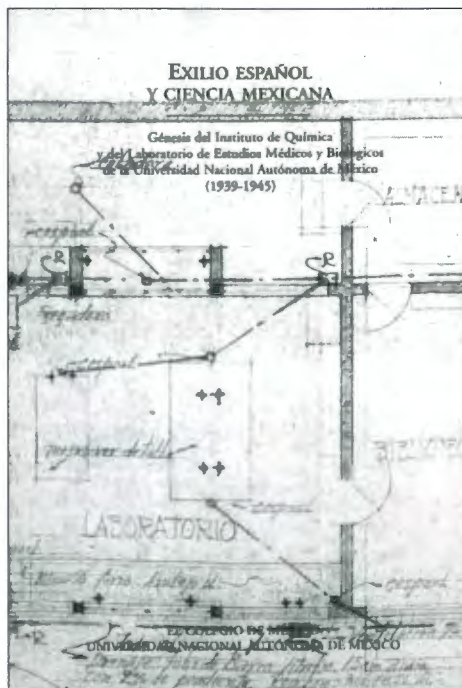
Bernardo García Martínez

Aproximaciones a la historia y el medio ambiente

Luis Fernando Lara: *El Espanglish*



COLECCIÓN TESTIMONIOS



Entre los centros de enseñanza superior que los responsables de La Casa de España escogieron para que sus miembros desarrollaran sus actividades docentes y, además, sus labores de investigación, estaba de manera preponderante la Universidad Nacional Autónoma de México. Este convencimiento no era casual. La Universidad estuvo presente en La Casa de España desde su nacimiento, pues, representada por su rector, formó parte del Patronato de la misma Casa. La colaboración entre La Casa y la Universidad se dio en forma espontánea, natural, con el único compromiso de servir a México.

Los miembros de La Casa de España en México iniciaron sus labores en la Universidad e inmediatamente pusieron todo su esfuerzo y empeño para incorporarse al desarrollo de la ciencia mexicana. Para ello, fue necesario reforzar y, en algunos casos, fundar nuevos centros de investigación. Con el apoyo de la Fundación Rockefeller, La Casa de España en México inició los trabajos de construcción y equipamiento del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos y del Instituto de Química. El libro es una coedición con la UNAM.



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

ÍNDICE

Fernando Salmerón, José Gaos profesor de filosofía
■ *Alfonso Rangel Guerra* ■ 2-10

Aproximaciones a la historia y el medio ambiente
■ *Bernardo García Martínez* ■ 11-17

La Comedianta y la Reina Loca
(*Dos retratos del tiempo de la gran guerra*)
■ *Enrique Díez-Canedo* ■ 18-22

El Espanglish
■ *Luis Fernando Lara* ■ 23-27

Ocho vidas de santos (homenaje a Luis Astey)
■ *Alejandro Arteaga Martínez* ■ 28-29



ILUSTRACIONES TOMADAS DEL LIBRO *THE ANIMATED ALPHABET*, Hugues Demeude, Thames and Hudson, 1996.

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3082, Fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN ■ *Coordinador general académico* CARLOS ROCES DORRONSORO
■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN ■ *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINOSA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 85, MAYO-JUNIO DE 2000

■ *Diseño* IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Portada* Saint Louis Psalter,
The Animated Alphabet

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 6878 y de contenido, núm. 7972, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 20 de enero de 1993; núm. de reserva 2441-93.

Fernando Salmerón, José Gaos, profesor de filosofía

La larga relación profesional entre José Gaos y Fernando Salmerón dio como fruto, además de una profunda amistad en la que se cimentó la relación maestro-discípulo, una serie de ensayos ahora reunidos en un volumen, debidos a la pluma de Fernando Salmerón, en los que se estudia y analiza la obra del filósofo transterrado. Éste es el prólogo escrito por Alfonso Rangel Guerra para Escritos sobre José Gaos de próxima publicación en la serie Testimonios de El Colegio de México.

En este volumen se recogen 19 ensayos y estudios de Fernando Salmerón sobre la obra de José Gaos. El más antiguo es de 1954 y el último de 1996, un año antes del fallecimiento del autor, es decir, la escritura de estas páginas se realizó a lo largo de 42 años. No es usual, en la trayectoria intelectual de un pensador, dedicar tantos años al estudio de la obra de un filósofo y además escribir tal número de trabajos dedicados a él. Esto no implicó, obviamente, ni el abandono de las actividades docentes y académico-administrativas, que fueron desempeñadas regularmente en todo ese tiempo, ni la dedicación exclusiva al estudio de la obra de José Gaos con perjuicio de otro tipo de investigaciones y trabajos, pero quizá precisamente por eso sobresale la persistencia y la constancia en esta singular tarea de analizar y valorar la obra de José Gaos.¹ Para entender la presencia del pensamiento y la figura de José Gaos en el trabajo intelectual de Fernando Salmerón, es necesario hacer un poco de historia para identificar la actividad desempeñada por el filósofo español nacionalizado mexicano, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional y el paso por ella de su alumno, el joven Fernando Salmerón.

Nacido en la ciudad de Córdoba, Veracruz, el 30 de octubre de 1925, Fernando Salmerón cursó, como muchos jóvenes en provincia, la carrera de Derecho (1943-1947), cuyo

plan de estudios comprende algunas asignaturas próximas o pertenecientes al campo de la Filosofía. Obtenido el título de abogado el 24 de abril de 1948, con una tesis sobre *Kelsen y la filosofía del derecho*, en la cual ya se veía claramente su vocación, ésta lo llevó meses más tarde a trasladarse a la ciudad de México, para iniciar en 1949 los estudios de Filosofía en la Universidad Nacional. En la Facultad, ubicada entonces en el viejo edificio de Mascarones, impartía sus clases José Gaos, maestro español llegado a México en el verano de 1938, empujado por el vendaval de la guerra civil.

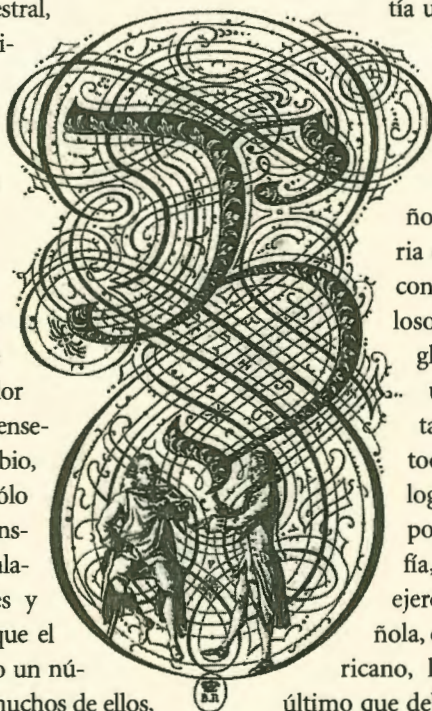
Gaos inició propiamente su actividad regular como profesor el año de 1939, pues en aquellos años el calendario escolar de la ciudad de México se cumplía, para todos los niveles educativos, en los meses de febrero a noviembre y los últimos meses de ese año escolar de 1938 los dedicó Gaos a impartir cursillos y conferencias en la Universidad Nacional, en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo de la Universidad Michoacana y en la Universidad de Guanajuato. Su presencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional respondía a un programa de trabajo establecido por La Casa de España en México, institución que recibió a los intelectuales y maestros exiliados españoles y de la que formaba parte José Gaos. Mediante este programa, La Casa de España en México apoyaba y sostenía el desempeño docente y de investigación de los maestros e investigadores llegados a México, tarea que cumplían en las universidades e instituciones educativas superiores del país. En su primer año como profesor universitario en México, José Gaos impartió un curso anual de Introducción a la Filosofía, más un curso semestral sobre Didáctica de la

¹ Además de los trabajos reunidos en este volumen, otros quedaron incluidos bajo el título "Mi relación con José Gaos" y pasaron a formar parte del libro *Fernando Salmerón. Perfiles y recuerdos*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1998.

Filosofía y un seminario, también semestral, sobre Marx y Nietzsche. Estos dos últimos los calificó el mismo Gaos como un fracaso, por no haberse cumplido mínimamente los requisitos de participación de los alumnos, ni los aspectos metodológicos correspondientes al seminario, problemas que como se verá más adelante, respondían a lo novedoso del trabajo docente realizado por Gaos y que terminó por ser, a lo largo de sus 31 años de trabajo en las aulas, el valor más significativo de su presencia en la enseñanza de la Filosofía en México. En cambio, el otro curso fue un gran éxito, no sólo porque tuvo siempre una presencia constante de una treintena de alumnos regulares, además de los muchos asistentes y oyentes que lo frecuentaron, sino porque el maestro pudo obtener al final del curso un número importante de trabajos escritos, muchos de ellos, según opinión de Gaos, “buenos artículos de revista”.

Cuando Fernando Salmerón llegó a Mascarones, Gaos ya tenía diez años como maestro en la Facultad y desde 1942 mantenía cada año el seminario sobre el pensamiento en lengua española, el cual continuó en la Universidad hasta el año de 1966 y después en El Colegio de México hasta su muerte en 1969. La permanencia de dicho seminario durante 27 años se explica fundamentalmente por dos razones: la primera se refiere a la importancia concedida por el maestro a este método de trabajo en el aula. Dicho método lo explicó ampliamente el mismo Gaos en varios textos publicados en un pequeño volumen titulado *La filosofía en la Universidad*. A partir de la idea de que la tarea primordial de la enseñanza universitaria debe ser esencialmente formar, no informar, el método fundamental para el cumplimiento cabal de este propósito, en el campo de la enseñanza de la Filosofía, es el seminario, en la medida en que esta forma de trabajo permite al estudiante, mediante la guía y conducción del maestro, pensar por sí mismo los problemas filosóficos, pues —escribió Gaos— “a trabajar sólo se enseña y sólo se aprende, trabajando juntos quienes ya saben hacerlo y quienes quieren llegar a saberlo”. En la enseñanza de la Filosofía, afirmaba Gaos, el seminario cumple la función que en la enseñanza de la ciencia corresponde al laboratorio.

La segunda razón se refiere especialmente al contenido del citado seminario, cuya significación para Gaos reves-



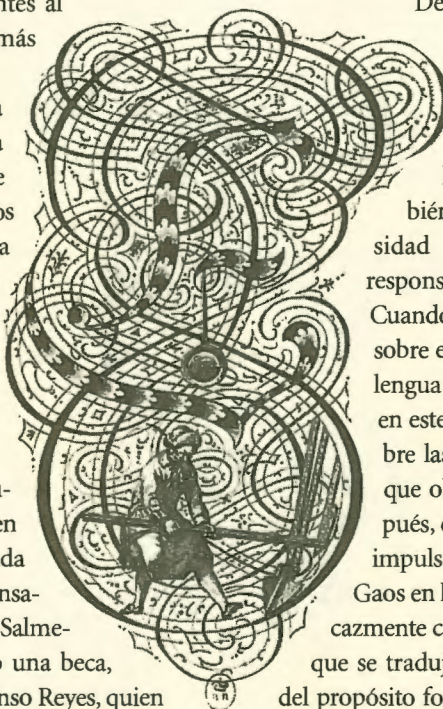
tía una singular importancia en la medida en que intentaba, por la vía de la educación, establecer a futuro condiciones de transformación del ejercicio del pensamiento y de la práctica de la filosofía en los países de lengua española, sujetos por circunstancias de historia cultural a considerarse por abajo de la condición imperante en el estudio de la filosofía en los países de lengua francesa, inglesa o alemana. Era, en última instancia, un proyecto de gran aliento que intentaba, paralelamente al ejercicio del método del seminario, mediante el cual se lograría que el alumno llegara a pensar por sí mismo los problemas de la filosofía, alcanzar en el amplio espectro del ejercicio del pensamiento en lengua española, es decir en todo el ámbito hispanoamericano, la posibilidad de rescatar el sentido

último que debería tener dicho pensamiento, al convertirse en objeto de estudio de sí mismo para proyectarse como reflexión del ser hispanoamericano y al mismo tiempo como ingreso al ámbito riguroso de la filosofía. En el primero de los trabajos aquí reunidos lo explica Fernando Salmerón, al interpretar las ideas de Gaos: “La sentencia que el pensamiento de lengua española pronuncie sobre su propia naturaleza y valor, decidirá no sólo de su futuro, sino también de su pasado: la filosofía pasada será filosofía o no, según las decisiones de la futura. El pasado es hecho por el presente, lo anterior por lo posterior.” Todo esto, afirma Salmerón en ese mismo texto interpretativo de las ideas de Gaos, es “una urgente tarea de salvación de las ‘circunstancias’ hispanoamericanas”, afirmación obviamente derivada de las teorías de José Ortega y Gasset, uno de los maestros que configuró el pensamiento de Gaos y desarrolló su vocación filosófica. Si además se toma en cuenta que el citado seminario fue de tesis, tal y como lo concibió Gaos, puede concluirse que el fruto obtenido a lo largo de los años fue un importante número de trabajos y estudios sobre aspectos y problemas específicos del pensamiento en lengua española, como puede verse en la lista de dichos trabajos que el propio Salmerón incluye en la parte final del texto que se comenta. Sin duda José Gaos es el único maestro, en la historia docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, que logró tal número de tesis

dedicadas todas a problemas referentes al pensamiento hispanoamericano y, más generalmente, ibérico.

Dos años después de su ingreso a Mascarones, Fernando Salmerón ya estaba trabajando en ese seminario de tesis el tema que lo ocuparía durante los próximos cuatro: "Los temas de Ortega y Gasset, sus orígenes y evolución". Esta concepción original de su tesis de maestría se transformó más tarde en *Las mocedades de Ortega y Gasset*, con la que obtuvo el grado el 17 de junio de 1955, otorgándosele la mención *magna cum laude*. La tesis fue publicada por El Colegio de México en 1959. Para esta investigación, realizada en el seminario de tesis sobre el pensamiento en lengua española, Fernando Salmerón recibió de El Colegio de México una beca, autorizada por su presidente don Alfonso Reyes, quien atendió siempre las peticiones que en favor de sus alumnos del seminario le dirigía José Gaos. Es importante destacar que cuando esta tesis estaba sin concluir, José Gaos declaró en carta a Alfonso Reyes su personal valoración de la investigación realizada: "El libro de Salmerón va a ser un libro que me hubiera gustado fuese mío."

El mismo año de 1955, Fernando Salmerón fue designado el primer director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana, donde participó directamente en la elaboración del plan de estudios de la licenciatura en Filosofía. Fernando Salmerón partió a Friburgo, Alemania en 1958 para continuar sus estudios. Tenía en proceso su trabajo de tesis para doctorado, que finalmente fue sobre *El ser ideal en tres filósofos contemporáneos: Husserl, Hartmann y Heidegger*. El grado de doctor lo obtuvo en la misma Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 2 de agosto de 1965. Después de regresar a México, Salmerón es designado rector de la Universidad Veracruzana. La relación con su maestro se mantiene viva y lo invita a impartir cursos en Xalapa. En la Universidad Veracruzana le publica a José Gaos cuatro libros: *Discurso de filosofía* (1959); *Orígenes de la filosofía y de su historia* (1960); *Introducción a la fenomenología*, seguida de *La crítica del psicologismo en Husserl* (1960) y *De antropología e historiografía* (1967).



Después de concluida la etapa estudiantil, Fernando Salmerón mantuvo con su maestro una relación de amistad que propició, por una parte, esta continuidad de la tarea docente de José Gaos en la Universidad Veracruzana, pero también la de Fernando Salmerón en la Universidad Nacional una vez terminada su responsabilidad en la Universidad de su estado. Cuando Fernando Salmerón escribió su texto sobre el seminario dedicado al pensamiento en lengua española, primero de los que se ofrecen en este libro, todavía no presentaba su tesis sobre las mocedades de Ortega y Gasset, con la que obtuvo el grado de maestría un año después, en 1955. Este trabajo lo escribió sin duda impulsado por la fuerte presencia de su maestro Gaos en la Facultad y por su forma de trabajo, eficazmente cumplido en cada una de sus lecciones, lo que se tradujo de manera cabal en el cumplimiento del propósito formativo de los alumnos asistentes al seminario, como el mismo Salmerón lo había experimentado en su propia vivencia escolar. Este escrito fue, sin duda, una forma de retribuir la generosidad del maestro entregado sin limitaciones a su trabajo y capaz de llevar a buen término la vocación del alumno y el desenvolvimiento de sus facultades intelectuales.

La singular y vigorosa presencia de José Gaos en la Facultad despertó sin duda en los jóvenes estudiantes las mejores inquietudes para emprender el estudio de la filosofía. En esta tarea, el maestro proponía un camino que debía ser andado por los estudiantes y el trabajo del maestro consistía en ir provocando en ellos ese despertar de la inteligencia como esfuerzo estrictamente personal, de modo que al final de ese camino el alumno era capaz de emprender por su cuenta otros nuevos caminos, en la medida en que él mismo los iba descubriendo; y el maestro hacía posible todo esto porque era el primer convencido de que su trabajo consistía en entregarse por entero al servicio del alumno. El maestro cumplía en cada lección la difícil tarea de provocar en sus alumnos la mejor respuesta frente a su actuación docente, y su presencia era tan poderosa que era capaz de seducir, en el mejor sentido de la palabra, o si queremos guiarnos por el diccionario, era capaz de cautivar el ánimo de sus alumnos. Porque Gaos era un maestro que ponía en práctica, en cada lección de sus cursos y a lo largo de todo el periodo lectivo, su maravillosa capacidad

de exposición del pensamiento filosófico, el de las grandes figuras de la Filosofía a lo largo de su historia y el suyo propio, de manera que el alumno participaba personalmente en la revelación del proceso del pensar, manifiesto en esa capacidad docente que tuvo José Gaos para conducir la reflexión filosófica como una tarea conjunta de maestro y alumnos. Pero no concluía aquí la tarea del profesor Gaos, pues como quedó dicho, el seminario estaba orientado a obtener del alumno el ejercicio del pensar, para ser introducido, con la guía del maestro, en la reflexión filosófica. Lo dice Fernando Salmerón en el texto tantas veces citado: "la tarea de Gaos ha consistido en iniciar en la filosofía a un buen número de jóvenes que de esta manera han podido tener cerca de sí un ejemplo de admirable labor filosófica, y han podido saber de la dura disciplina intelectual, sin la cual cualquier tarea que se intente en filosofía dará resultados menos que medianos."

Este trabajo marcó, por así decirlo, a los alumnos de Gaos; es decir, a aquellos que respondieron cabalmente a las exigencias del maestro, en la misma medida en que él realizaba su tarea docente. Una experiencia de esta naturaleza no puede considerarse transitoria, sino por el contrario definitiva en el joven, que gracias a la conducción del maestro logra penetrar en el saber filosófico haciendo filosofía él mismo, para convertirse después en filósofo. Esta relación de maestro alumno, continuada durante varios años, marcó una huella en este último, tan profunda que permanece en él durante toda su vida y se traduce además en una deuda moral que impone no sólo el reconocimiento a la labor del maestro, sino la obligación de continuarla en sus propios alumnos. El mismo Gaos experimentó esa huella y esa deuda con sus maestros, principalmente con Manuel García Morente, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri. Recordándolos, reconoció que "la única manera de corresponder a semejantes maestros, puesto que es imposible con ellos mismos, es corresponder con los discípulos que uno pueda llegar a tener" (*Confesiones profesionales*). En este sentido, Fernando Salmerón continuó en su propio pensamiento el que estos maestros ejercieron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, enseñanza y metodología de los que se benefició José Gaos



como alumno y que luego él, como maestro ya en México, transmitió a sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, largo proceso generacional en el que la persona adquiere la posibilidad de expresar su propia forma de pensar. El reconocimiento de esta herencia, más la valoración de la gran labor docente desempeñada por Gaos, animaron sin duda el trabajo de Fernando Salmerón para estudiar y analizar la obra de su maestro.

Más tarde, Fernando Salmerón cumplió su responsabilidad como maestro, enseñando a sus propios alumnos. Pero hizo algo más. Después del fallecimiento de José Gaos, dedicó buena parte de su tiempo y esfuerzo al estudio de su filosofía y emprendió la edición de las obras completas de su maestro. Es decir, Salmerón añadió, al

procedimiento identificado por Gaos para corresponder a sus maestros sirviendo él a sus alumnos, otro distinto, consistente en editar y difundir la obra y el pensamiento del maestro. Es claro que no todos los alumnos tienen en su momento la oportunidad de realizar una tarea como ésta, pero habiéndose presentado la circunstancia en el caso de Fernando Salmerón, él supo cumplir dejando ese testimonio de reconocimiento a su maestro mediante la edición de sus obras completas.

Más que filósofo, Gaos se declaró profesor de filosofía. Sin embargo, en ese proceso de superación de los hábitos docentes de España e Hispanoamérica, de practicar la cátedra oral sin dejar testimonio escrito del pensamiento expuesto a lo largo de las lecciones de un curso, Gaos se impuso siempre la obligación de prepararlas por escrito. En esas miles de páginas redactadas para sus cursos y seminarios, más las dedicadas a los ensayos, estudios y conferencias que prodigó a lo largo de su vida, a las que debe sumarse su trabajo de traductor, que por su dimensión merecería consideración aparte, fue integrándose no sólo la obra de un maestro, sino también la de un pensador que fue construyendo a lo largo de los años una filosofía propia. Toda esta inmensa producción se convierte ahora en una edición de 19 volúmenes que contendrán su obra completa, trabajo editorial coordinado e impulsado por Fernando Salmerón durante 17 años, hasta su fallecimiento en 1997.

Cuando ocurrió el deceso de José Gaos, el 10 de junio de 1969, correspondió a Fernando Salmerón pronunciar ante su tumba la oración fúnebre. En ella se refirió a la historia académica del ilustre desaparecido y a la publicación de libros y dijo: "Sin tener en cuenta esta actividad que el maestro cumplió, sin prisa y sin pausa, en beneficio de tantas generaciones, no se puede comprender lo que ha acontecido en la historia intelectual de México en los años recientes." ¿A qué se refiere Fernando Salmerón con estas palabras? Nada más y nada menos que a la renovación y extensión de la filosofía en México, en dimensión tal que puede afirmarse, sin temor a equivocaciones, que esto se debió en gran medida al trabajo realizado por José Gaos a lo largo de su vida, desde su llegada a México en 1938 hasta su partida definitiva 31 años después, en 1969. Fue la obra de un maestro y pensador cuyo trabajo de escritor y docente hizo posible la renovación y continuidad del pensamiento filosófico mexicano.

Fue después de la muerte de José Gaos cuando Salmerón decidió tomar a su cargo la tarea de emprender el estudio y la difusión de la obra de su maestro. Ese mismo año de 1969, Salmerón colaboró en el número de la revista *Cuadernos Americanos* (de la que Gaos había sido permanente colaborador) dedicado íntegramente en su sección "Aventura del pensamiento" al estudio de la obra del pensador desaparecido ese año. Junto con Raúl Cardiel Reyes, Justino Fernández, Antonio Gómez Robledo, Juan Hernández Luna, Francisco Larroyo, Emilio Urrutia, Ramón Xirau y Leopoldo Zea, Fernando Salmerón entregó para el número correspondiente a los meses de septiembre-octubre de 1969, un largo estudio sobre "José Gaos: su idea de la filosofía". Años después, en 1974 y 1975, escribió otros tres trabajos sobre su maestro, entre ellos uno que se puede considerar primordial para comprender la filosofía de Gaos: "Jornadas filosóficas. La primera autobiografía de José Gaos", donde se ocupa de un largo texto inédito (que en la edición de las obras completas de Gaos pasará al volumen XVIII), en el que Salmerón identifica los orígenes de la obra de madurez de Gaos integrada por cuatro obras mayores y otras de menor dimensión. Más tarde, en 1989, Salmerón escribe otros tres ensayos, antecedidos por la Nota Editorial preparada para el volumen VII de las Obras Completas de Gaos. La edición de estas obras completas fue una tarea monumental que asumió Fernando Salmerón como coordinador general, la cual debió iniciarse al principio de los años ochenta y en la que comprometió los últimos

diecisiete de su vida, con una entrega y responsabilidad sin límites que hizo posible la publicación, en todos esos años, de doce volúmenes de los diecinueve de la obra completa, incluidos los dos últimos recientemente publicados, primeros en aparecer después del fallecimiento de Salmerón. Una edición de esta naturaleza exige, además de un conocimiento cabal de la obra a publicar, la capacidad de lograr la entrega oportuna del trabajo comprometido, de parte de los responsables de redactar los prólogos de todos los volúmenes, y una comprensión del significado de todo este esfuerzo en beneficio no sólo ya del mantenimiento de la memoria del autor y el reconocimiento a su obra, sino también de la filosofía y la cultura nacional e hispanoamericana. En el caso de José Gaos, cuya capacidad de trabajo a lo largo de su presencia de 31 años de ejercicio docente en México generó, además de los muchos libros publicados en vida, un archivo de varios miles de cuartillas, autógrafas la mayor parte de ellas y muchas inéditas, el primer paso fue ordenar y clasificar todo ese material, depositado en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional. Después integrar, con la obra inédita y la publicada, la secuencia y composición de cada uno de los volúmenes del proyecto de obras completas y finalmente invitar al autor que se haría cargo del prólogo de cada volumen, para la edición correspondiente. Por el carácter representativo de esta importante edición y por la exigencia de publicar textos cuidadosamente revisados con sus originales, este trabajo es sumamente complejo y necesariamente meticuloso. Todo esto lo realizó Fernando Salmerón con acuciosidad, esmero y atención personal, de manera que al cabo de todos estos años fue cumpliéndose el propósito editorial de una obra de muy difícil manejo y en un principio considerada de dimensiones menores.

La muerte truncó este esfuerzo singular, animado desde sus orígenes por la idea rectora de poner al alcance de los estudiosos de la filosofía en lengua española, la de un pensador tan importante y prolífico como lo fue Gaos. Para la ejecución de la obra faltante, el doctor Salmerón dejó trazadas las líneas necesarias para su ejecución cabal: siete volúmenes que exigirán de todas formas un importante esfuerzo para su terminación y publicación.

El primero en aparecer de los volúmenes de las Obras Completas de José Gaos fue el XVII, con las *Confesiones profesionales* y la *Aforística*, el año de 1982. Esto explica que la mayor parte de los escritos de Salmerón sobre Gaos elaborados a partir de ese año correspondan en buena medi-

ONCE
 Q S
 NI
 T
 DE
 OM
 PO
 ENS
 OS
 UT
 QUI
 HODI
 SER
 DIE
 CE
 TU
 OM RE
 OEMP
 TOREM NOSTRUM AD CAE
 LOS ASCENDI S SECREDI
 MUS IP S I QUOQ: ME N TE IN
 CAEL ESTIBUS HABITEMUS
 PER EUN DE ONM NOSTRUM
 IHM XPM FILIUM TUUM QUI





da a las exigencias de esa edición; otros, a los compromisos establecidos por Fernando Salmerón para impartir conferencias en España sobre la filosofía de José Gaos, en Madrid en varias ocasiones, pero también en Santander y Valencia. Puede afirmarse sin lugar a dudas que Fernando Salmerón fue quien más trabajo realizó para dar a conocer la obra de su maestro en su patria de origen. Este empeño hizo posible que muchos españoles descubrieran a un pensador que había dejado España el año de 1938 por causa de la guerra civil y que salvo algunas contadas excepciones, era prácticamente desconocido por los universitarios y estudiosos de la filosofía. Así, Fernando Salmerón cumplió su compromiso de dar a conocer a José Gaos y su obra completa no sólo en México y en la América Hispánica, sino también en España.

Otro texto recogido en este volumen, del año de 1994, es el referido a los estudios cervantinos de José Gaos, prácticamente desconocidos, escrito por Fernando Salmerón como discurso para su ingreso como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. En éste, como en el resto de los estudios y ensayos que componen el presente volumen, Salmerón no sólo respetó el pensamiento de su

maestro al momento de explicarlo, sino que además utilizó, hasta donde fue posible, el método con el que aquél había sido expuesto en sus cursos. Es por ello que al finalizar este trabajo sobre los estudios cervantinos, que implicó la consideración de la historia de las ideas, Salmerón concluía con estas palabras: "Pueden ustedes pensar con justicia que al comentar unos ensayos de mi maestro Gaos, lo he hecho, por lo menos en lo que se refiere al método, tal vez, de la manera que él hubiera querido".

En la imposibilidad de dejar aquí mención de todos los escritos de Fernando Salmerón reunidos en estas páginas, baste añadir que cada uno ofrece una visión y un análisis de la obra filosófica de José Gaos, y en su conjunto, como ahora se presentan en este volumen, se convierten en una suma imprescindible para conocer una parte fundamental del pensamiento filosófico en lengua española del siglo veinte.

Ya quedó dicho por Alejandro Rossi, en sus palabras dedicadas a Fernando Salmerón en el volumen de homenaje que en 1995 editaron la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional, en ocasión de sus 70 años de vida: "Es el momen-





to de aplaudir públicamente la fidelidad sin tacha de Fernando Salmerón a don José Gaos. Expresada no en frases pías o en la repetición monótona de tesis o programas, sino en el mayor servicio que puede prestársele a un autor: cuidar, publicar y hacer circular la obra escrita. Es un trabajo arduo, lento, en el que se conjugan la erudición, el

respeto a las minucias filológicas y las capacidades críticas. Trabajo de paciencia que muestra, además, el afán de Salmerón por reconstruir y volver palabra viva la tradición que nos ha rodeado y nos ha formado. Una manera de recordarnos nuestra circunstancia filosófica, que no estamos tan solos como a veces presumimos.” €

Aproximaciones a la historia y el medio ambiente

Ésta es la introducción al primer tomo de Estudios sobre historia y ambiente en América, que publicó El Colegio de México en colaboración con el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

La presente compilación de artículos que entrecruzan temas de historia con diversas apreciaciones del medio físico, o de la naturaleza, tuvo su origen tres años atrás, cuando propusimos celebrar un simposio en el XLIX Congreso Internacional de Americanistas con el muy ambicioso título de "Historia y ambiente en América". La propuesta tuvo generosa acogida y el simposio se celebró con éxito en la ciudad de Quito en junio de 1997. Todos los participantes convinimos en que sería bueno procurar la publicación de los trabajos presentados, incluyendo también algunos otros que por diversas circunstancias no habían estado disponibles en esa ocasión. Ampliados y perfeccionados, con notas, gráficas, mapas y demás componentes del más riguroso soporte académico, son los que integran el volumen que el lector tiene en sus manos.

La organización del simposio se hizo originalmente al abrigo del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, como una actividad afín a sus programas de investigación y, en particular, a las de un seminario de geografía histórica que Bernardo García Martínez dirigía en dicho Centro (y por un tiempo en la Universidad Iberoamericana), seminario en el que se alimentaron tres o cuatro de los estudios presentados. Cumplida la meta propuesta, el proyecto de publicación encontró acogida en dos instituciones: la primera, el propio Colegio de México; la segunda, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Cuando éste celebró su XXX Reunión de Consulta en noviembre de 1997, en Santiago de Chile, acordó la creación de un "Grupo de Trabajo de Historia Ambiental", inscrito dentro de la Comisión de Historia del Instituto. La conformación de dicho Grupo de Trabajo recayó en

el propio B. García Martínez, y la primera tarea por hacer fue la compilación y publicación de estos estudios.

* * *

Historia y ambiente son dos universos que se tocan en muchos puntos, e incluso puede decirse que están inmersos el uno dentro del otro. Los estudios históricos, geográficos, antropológicos, ecológicos y otros más, con sus diversos enfoques, reconocen en esa realidad un terreno inmenso y variado donde todos pueden, o deben, conectarse. En algún punto de esa encrucijada de muchos caminos cobra forma una disciplina, o una especialidad, llamada historia ambiental. Pero, con tantas perspectivas involucradas, no es fácil definir su perfil. Por eso al dar título a este volumen nos ha parecido prudente alejarnos de una definición que pudiera ser discutible. ¿Son todos los estudios aquí incluidos ejemplos de historia ambiental? Tal vez lo son; tal vez no lo son. En todo caso, no importa si se encuadran o no dentro de un determinado género, porque no se les ha reunido en este volumen con el propósito de exponer una unidad de pensamiento como pudiera hallarse tras un conjunto de estudios realizados con una misma concepción inicial o a partir de una pregunta común. Importa, sin embargo, resaltar que hay un interés del que todos participan: descubrir y conocer vínculos entre la historia humana y la naturaleza.

No será aventurado decir que esos vínculos son infinitos, o casi. Acciones y percepciones de individuos y sociedades tienen que ver, en un sentido u otro, con realidades como el clima, la hidrografía, la flora o la fauna. El correr del tiempo marca tendencias y diferencias en una sucesión

interminable de cambios. A todo ello se le puede ver bajo las perspectivas del determinismo geográfico, bajo las del discurso ambientalista, o bajo muchas otras. Así pues, los vínculos entre historia humana y naturaleza dan pie a una enorme variedad de temas y enfoques. Sin embargo, a pesar de esa riqueza, la ciencia histórica ha abordado el estudio de esos temas de manera poco sistemática, o lo ha hecho sólo tangencialmente, como por ejemplo la historia económica al valorar aspectos estrictamente económicos de la explotación de recursos naturales, o la historia cultural al considerar la apreciación o la representación de los paisajes. Acaso ha habido más aproximación al estudio de esos vínculos en los ámbitos de la geografía, la antropología o la ecología, pero con la desventaja de una interpretación no siempre acertada del contexto histórico.

Historia humana y naturaleza, por fortuna, están en la mira de muchos estudiosos, más que nunca antes. Todos ellos buscan explorar diferentes temas con el mayor rigor posible y con plena conciencia de las limitaciones que deben superarse. Con eso se explica que trabajos como los presentes sean pioneros en muchos aspectos. No sólo abren terreno inexplorado buscando evidencias en las que nadie se ha fijado, sino que el entramado de interrelaciones e interpretaciones que se puede tejer entre los temas de que tratan es todavía tenue. Pero en otros aspectos son más que pioneros. Plantean muchas interrogantes, pero también ofrecen muchas respuestas.

Ciertamente hay áreas o periodos en que las citadas relaciones entre historia humana y naturaleza han sido estudiadas de manera más amplia y sistemática, o a propósito de los cuales ha surgido una escuela bien definida de historia ambiental. A propósito del continente americano, lo primero que viene a la mente es el Oeste de Estados Unidos. Algunos historiadores alegan con buenas razones que la especialidad surgió de los trabajos de James Malin, quien, estudiando el desarrollo de las praderas de Norteamérica, se dedicó a partir de 1930 al examen directo de la relación histórica entre la sociedad y el ambiente natural. Sus preguntas eran simples: ¿cómo habían desaparecido las praderas?, ¿qué había ocurrido al sembrarlas? De estas interrogantes surgieron varios trabajos, y luego investigaciones de diversas escuelas que desembocaron en estudios sobre los usos del agua y las transformaciones del desierto, por citar sólo dos de sus productos más llamativos. Obras como las de Donald Worster y Donald Green son productos más modernos de ese tronco. De él se alimentaron también, aunque de manera indirecta,

trabajos como los de la escuela de Berkeley, ligados a la geografía cultural de Carl Sauer —hombre de formación muy similar a la de James Malin. De esta escuela de Berkeley podemos recordar el breve pero innovador estudio de Sherburne Cook sobre la historia ecológica del valle del Mezquital en el centro de México, publicado en 1949.

Cuando en 1994 la australiana-canadiense Elinore Melville publicó su libro *A Plague of Sheep* a propósito del ganado menor en el mismo valle del Mezquital, los cuarenta y cinco años transcurridos ponían de manifiesto lo mucho que se había avanzado metodológicamente (ver reseña por B. García Martínez en *Historia Mexicana*, XLVI:1 [181], jul.-sep. 1996). La historia ambiental que se desprendía de esta tradición contaba con nutrida bibliografía y un sólido bagaje conceptual que recogía los frutos de trabajos interdisciplinarios realizados en distintas partes del mundo. En efecto, la historia ambiental no tenía por qué tener las mismas fronteras de otras historias. Alfred Crosby había hecho propuestas como las de “imperialismo ecológico” y “neoeuropas” a propósito de los fenómenos involucrados en la transformación ambiental del continente americano después de 1492, y Carolyn Merchant trataba de caracterizar las “revoluciones ambientales” con base en la presencia de ciertos rasgos de alteración en la biomasa de determinados sistemas ecológicos. La “irrupción de ungulados”, fenómeno percibido lo mismo en Australia que en América, definía un complejo de fenómenos asociados a la introducción de la ganadería con su concomitante impacto en el uso del suelo. Cuestiones y conceptos como éstos eran, y son, los que dan sustancia en nuestros días a los planteamientos y discusiones de gran parte de los historiadores ambientales.

Otra de las raíces de la historia ambiental de Norteamérica, posterior a la asociada a James Malin, estuvo en el estudio de las actitudes del hombre, como lo muestra la obra de Roderic Nash sobre la mentalidad norteamericana frente a la naturaleza (*wilderness*). Escrita en 1967, fue un reflejo del surgimiento de los movimientos ambientalistas. En la misma tónica se escribieron algunas historias de los parques nacionales y de las políticas de conservación, así como estudios históricos de la basura o los insecticidas. Por primera vez se cuestionaron algunos temas que hasta entonces solían darse por hechos: por ejemplo, pensando en la caza, James Tober se preguntó quién ha sido dueño de la vida silvestre. La huella de estos trabajos está presente en obras recientes que se extienden sobre otros ámbitos. Las estrechas relaciones entre política y decisiones am-



bientales aflora en libros como los de Susanna Hecht y Alexander Cockburn sobre la selva del Amazonas y el de Warren Dean sobre la explotación hulera.

Sería fácil extenderse haciendo una reseña de estos y otros trabajos, pero baste por ahora remitir al lector interesado a un

artículo de Richard White, "American Environmental History: The Development of a New Historical Field", publicado en agosto de 1985 en *Pacific Historical Review* (LIV:3), revista que, por cierto, puede considerarse como un foro muy favorecido por los historiadores ambientales de Norteamérica.



En América Latina no se han formado corrientes tan bien definidas, aunque sí ha habido investigación. La mayoría de los estudiosos ha centrado su interés en cuestiones de bosques y agricultura; otros lo han hecho en fenómenos catastróficos diversos, des-

de terremotos hasta sequías, como Enrique Florescano en la década de los sesenta. Por otra parte, los trabajos de los arqueólogos han buscado responder a preguntas intrigantes, en particular a propósito del área maya. Arturo Gómez Pompa, por ejemplo, ha

llamado la atención sobre el estudio histórico de los huracanes.

Una especie de paradigma que ha permeado notablemente los enfoques ambientales en la historia latinoamericana es el de que la época colonial puso fin a un periodo de armonía con la naturaleza y que a partir del contacto indoeuropeo se inició otro de depredación ambiental. La evidencia objetiva a propósito de la demanda maderera para minas y construcciones y a propósito del impacto de la ganadería ha sido el principal sostén de este paradigma. Derivación de este enfoque es la apreciación, común en muchos estudiosos de la agricultura indígena, desde Teresa Rojas y Gene Wilken en México hasta Franklin Pease en Perú, que las innovaciones tecnológicas europeas son equivalentes a un proceso de deterioro ambiental, y que la resistencia de las sociedades tradicionales a su adopción es una estrategia de defensa ambiental. Todos estos puntos de vista han sido debatidos con argumentos no menos concluyentes que demuestran la complejidad y diversidad de cada caso; sin embargo, las apreciaciones generales siguen descansando, con abrumadora mayoría, en una perspectiva altamente ideologizada. Cabe señalar, de paso, que la relación del hombre con la naturaleza, que tanto ha preocupado a los pensadores de Estados Unidos, es algo que en Latinoamérica tiende a darse por hecho —y en todo caso ahí están los indios para tender ese puente. En esta parte del mundo la cuestión de la naturaleza se ha enfocado más desde el punto de vista de la literatura que del científico y social. Es muy significativo cómo el concepto de “mundo salvaje” es diferente del de *wilderness*.

Tal vez lo dicho baste para apreciar que la historia ambiental, o los estudios que se pudieran caracterizar de esa manera, han seguido caminos diferentes según los distintos contextos socioculturales a que pertenecen sus investigadores y según las distintas escuelas de pensamiento prevalecientes. Tal vez un análisis sistemático de esas obras permita extraer de ellas algunas líneas de pensamiento que no se han resaltado debidamente. Un ejercicio similar a propósito de la geografía histórica mexicana (B. García Martínez: “En busca de la geografía histórica”, en *Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad*, xix[75], verano 1998) arrojó una serie de conexiones que enlazan y dan nuevo sentido a un enorme acervo de conocimientos que por lo regular no se han ofrecido de manera explícita como geografía histórica pero que sin embargo lo han sido. En algún momento convendrá emprender una reflexión global sobre la historia ambiental latinoamericana y sus aportes y pers-

pectivas, acaso equiparable a la elaborada por Richard White.

* * *

Los artículos que componen esta compilación no están ordenados de modo que formen una secuencia: sería imposible lograrlo dada su diversidad e individualidad. Tampoco hay una clasificación concluyente de las temáticas abordadas. Los artículos pudieron haberse acomodado de muchas formas y pueden leerse en cualquier orden. No obstante, se abre la compilación con los artículos que procuran una perspectiva ambiental amplia o de conjunto, referida por otra parte a complejos sociales no menos amplios. De este tipo son los tres primeros:

El estudio de Alain Musset está situado en la confluencia de clima, sociedad y cultura. Examina la percepción del clima y las características ambientales de Nueva España en relación con los conceptos de sano y malsano, basados en un esquema teórico hipocrático donde los climas templados son lo sano mientras que los calientes y húmedos son lo insalubre. Naturalmente la apreciación del clima no era subjetiva, pero sí su interpretación médica y filosófica, ubicada directamente en el marco intelectual de su época.

María del Rosario Prieto y Teresita Castrillejo se ubican donde hay un contacto entre la flora, la fauna, y el pensamiento económico —y donde también asoman ideas conservacionistas, si bien de forma aislada y circunstancial. El análisis que emprenden se concentra en la desaparición de vicuñas, cedros y nogales, y en la preocupación que este hecho causó entre algunos personajes del virreinato del Río de la Plata en las postrimerías del siglo XVIII.

Wayne Joseph Robins pone sus ojos en el punto de unión entre poblamiento, cultura material y ecotono. En su caso particular explora la identificación que ha habido y hay entre los guaraníes del oriente del Paraguay y las zonas de ecotono que marcan un puente entre la selva y la sabana; deja expuestos, también, los pocos rasgos históricos que se han podido rescatar de esos mismos ecotonos desde finales de la época colonial.

Siguen luego estudios que se centran en aspectos más concretos del ambiente o en procesos más específicos que se analizan con más detalle. Figuran primero los que ponen especial atención en la cubierta vegetal, y son cuatro:

Bernardo García Martínez se interroga sobre los vínculos entre procesos de poblamiento y el avance o retroceso de



áreas de monte y bosque húmedo. El caso que estudia, situado en el contexto de las regiones costeras del siglo XVIII mexicano, refleja una historia de avance de la naturaleza sobre un entorno otrora densamente poblado cuyo entramado cultural fue desapareciendo junto con sus habitantes.

El estudio de María de la Luz Ayala relaciona áreas de monte y bosque templado con economía y propiedad. La evidencia utilizada proviene, fundamentalmente, de litigios por el acceso a los recursos maderables en Nueva España. Una constante que se deja ver tras este estudio es la

consolidación de la propiedad privada de tierra y recursos conforme avanzó el periodo colonial.

El artículo de Chantal Cramaussel se ubica en los vínculos entre minería, población, cubierta forestal y abasto alimentario. A través del caso de la cuenca del río Florido en la región semiárida de Parral, en Nueva Vizcaya, expone la tala acelerada que originó la actividad minera iniciada en el siglo XVII. Frente a este proceso depredador se deja ver la supervivencia de haciendas agrícolas que conservaban cierta autonomía alimentaria y eran capaces de retener a sus pobladores al tiempo que los reales de minas quedaban abandonados.

Elena María Abraham y por segunda vez María del Rosario Prieto analizan un punto en el que, una vez más pero en otro contexto, se cruzan cubierta forestal con producción, comunicaciones y otras variables económicas. Su estudio analiza el deterioro y la sobreexplotación de los bosques de algarrobo en las llanuras de Mendoza como consecuencia de la demanda de la industria vitivinícola y del incremento demográfico en las áreas agrícolas.

A continuación aparecen otros artículos orientados también al estudio de procesos específicos, pero cuyo referente principal no es la cubierta vegetal sino el agua. Son otros cuatro.

Patricia Dussel y Roberto Gustavo Herrera presentan un caso que conlleva consideraciones sobre clima, hidrografía y poblamiento. Su estudio da cuenta de lo que aconteció con la inundación que se experimentó en el sudeste de la provincia de Santiago del Estero, Argentina, en 1758, explicando por qué y bajo qué circunstancias se emprendieron complicados trabajos para lograr que el desbordado río Salado volviera a su antiguo cauce.

El ensayo de Sonya Lipsett-Rivera se ubica en donde el agua se combina con el poblamiento urbano y los sistemas de abasto. Sirviéndose de varios casos de la provincia de Puebla en el siglo XVIII, expone de manera especial las implicaciones sociales y económicas de la escasez del líquido.

Luis Aboites ubica su estudio en la confluencia entre agua, política y fronteras agrícolas. Elabora un análisis de las políticas de irrigación desarrolladas en México durante el presente siglo, distinguiendo en ellas dos fases separadas por la creación de la Comisión Nacional de Irrigación en 1926. El tema lleva a consideraciones sobre cambios tecnológicos generales, por ejemplo en los usos

del agua, y sobre la desigualdad política en el país.

Alba González Jácome también se sitúa en la confluencia entre agua, política y fronteras agrícolas en el México del siglo XX, pero desde la perspectiva de la desecación de lagunas y en el ámbito de un área en particular, la de Tlaxcala. La evidencia documental presentada muestra diversos aspectos del aprovechamiento y la valoración de cuerpos de agua de poca profundidad, pero sobre todo del rechazo hacia ellos y del proceso que llevó a su desaparición.

El volumen se cierra con dos artículos cuyo énfasis está puesto en las fuentes que alimentan el conocimiento de las relaciones entre historia y naturaleza, especialmente en el modo de interpretarlas y compararlas.

Alfred H. Siemens analiza con gran pormenor documentos referentes al área de la antigua Veracruz en la costa novohispana, mostrando el camino para extraer de esas fuentes todos los datos que de un modo u otro pueden servir para recrear el entorno ambiental del siglo XVI. El resultado es un diálogo en el que conceptos modernos de la ecología se enlazan con el lenguaje de ese siglo para extraer de éste sus propias apreciaciones, a menudo no explícitas pero sí implícitas, de ese entorno.

Cynthia Radding compara dos provincias fronterizas, Sonora en México y Chiquitos en Bolivia, exponiendo temas que ilustran la relación histórica entre ecología y cultura y retratan paisajes y ecosistemas cambiantes. La autora propone que la historia regional sea la que proporcione el marco conceptual para entender las relaciones diacrónicas entre cultura y naturaleza.

Los compiladores confían en que este libro será de gran utilidad para los especialistas y para los estudiosos de la historia en general. Por otra parte, entre las metas del Grupo de Trabajo de Historia Ambiental citado al principio de esta introducción figura la elaboración de por lo menos un volumen más, complementario del presente, que contribuya a difundir los resultados de las investigaciones realizadas en otras partes del continente. Este volumen está ya en proceso de elaboración, de lo cual se ocupan en esta ocasión María del Rosario Prieto y Bernardo García Martínez. €

Estudios sobre historia y ambiente en América, I: Argentina, Bolivia, México, Paraguay. Compiladores: Bernardo García Martínez y Alba González Jácome. Coedición de El Colegio de México y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1999.

La Comedianta y la Reina Loca

(Dos retratos del tiempo de la gran guerra)

Los textos que aquí se publican fueron editados por primera vez en 1920 en San José, Costa Rica, en un hermoso tomito, de título Sala de retratos, bajo el pie de imprenta de García Monge y Cía., Editores, bajo la iniciativa de Alfonso Reyes. En una página preliminar el polígrafo mexicano cita a Pedro Henríquez Ureña hablando de la literatura española de su tiempo: "Unamuno es su filósofo místico; José Ortega y Gasset es su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son sus principales poetas; Azorín es su crítico; Enrique Díez-Canedo es su humanista moderno..." En esa Sala de retratos se incluían textos sobre Santa Teresa, Baudelaire, Zorilla, Rostand entre otros. Se reproducen los dos retratos —sobre Sarah Bernhardt y sobre la emperatriz Carlota— muestra de esa refinada escritura de un escritor que sigue siendo un humanista moderno.

I

LA PIERNA DE SARAH

En días menos revueltos que los presentes, la noticia lo hubiera llenado todo. Ahora, si en los periódicos españoles ha tomado viso y relieve de acontecimiento, en los de Francia casi no se echa de ver. Los ojos recorrerán allí las columnas con el único temor de ver un nombre, obscuro las más de las veces, y con el único anhelo de algo que está por encima de lo personal; y todo lo que no sea eso nada importa. He aquí la noticia: en estos instantes, los médicos habrán amputado una pierna a Sarah Bernhardt.

¡Sarah Bernhardt inútil!... Pero ¿quién pudo pensarlo? La gran trágica no se siente aún en el acto último del accidentado melodrama de su existencia. Y se propone volver a las tablas, volver con una pierna artificial, a recoger los lauros que aún se le aperciben. Otra cosa, en ella, sería como una deserción. Supo romper contratas, abandonar públicos, desdeñar, pasado el estreno, muy sonados éxitos; pero lo hizo todo aquello, por propio impulso, porque nadie se lo mandaba, porque no había quien pudiera imponérselo. ¿Y lo ha de haber ahora? No, ciertamente. Cuando

se ha vencido y dominado a los hombres durante toda una vida, no ha de ser una enfermedad la que triunfe. Así pues, Sarah Bernhardt se propone volver al teatro.

Y ¿no será todo ello una invención? ¿será ese, en realidad, su propósito? Si no lo fuera, y alguien lo hubiese inventado, sería el tal inventor más fiel al espíritu de Sarah que Sarah misma. Démoslo, pues, por indudable. Sólo que, si recordamos la angustiosa sensación que en la *Gioconda* dannunziana nos sobrecoge en el acto final, cuando la actriz, privada del uso de sus manos por voluntad del poeta, ha de fingirse manca, pensemos cuál había de ser nuestro temor ante Sarah, cuando, sufrida la amputación, encarnase nuevamente ante nosotros la fuerte Virgen lorenese, el delicado y animoso Aguilucho, la resuelta Tosca, el vacilante, el reflexivo, el atormentado Príncipe danés.

Mas de tanto es capaz la que no se ha rendido en tantos años de lucha y de gloria. No es indiscreción recordar aquí lo que revelan todos los diccionarios biográficos: la insigne actriz ha pasado ya de los setenta. Ni a la mitad llegasteis vosotros, Juana de Arco, Duque de Reichstadt, Floria Tosca, Príncipe Hamlet; nunca soñasteis alcanzar esa terrible cifra, brucas heroínas de Victoriano Sardou: la que os hizo vivir con su arte de magia, acaso para reunir tantas vi-



das, con algo de cada una de ellas prolongó la suya. Y la prolongó de tal suerte que, sin repetir el milagro de la eterna juventud, supo burlar a los años; el que la viera no la tendría por adolescente, pero quien esto escribe, ha de recordar de continuo lo maravillado que se quedó al leer, pocos días después de haberla visto representar *L'Aiglon* en su teatro de París, la noticia del nacimiento de su biznieta.

Y es que Sarah Bernhardt dejará en la historia de nuestro tiempo unida a su nombre una grandiosa leyenda. Ha sido, por su genio y por su extravagancia, por sus realizaciones y por sus intentos, por su bondad de alma y por su libertad de maneras, el tipo multiforme, opulento, cumplido de la actriz moderna: el "héroe" como actriz, digno de ser propuesto al estudio de un nuevo Carlyle.

Dolorosos son estos días para el alma francesa, dolorosos y de prueba a la vez. La flor de sus hombres muere en los campos de batalla, lucha y colma los hospitales de sangre. Los que curan vuelven al puesto en que sus hermanos, firmes, decididos, oponen sus pechos como antemural a la invasión enemiga. Todo el país echa lo mejor de su vida en un enorme y trágico crisol del que ha de salir, ciertamente, ennoblecido y depurado. Nadie duda en Francia de que, además, ha de salir victorioso. Al hervor de dentro, corresponde con menor intensidad, pero, asimismo, incesante, la inquietud de afuera. Hay un movimiento ascensional en los espíritus, como cuando la Marsellesa guiaba a los ejércitos de la primera república. En este concierto ¿cómo se van a oír tus quejas, si las lanzaste acaso en la fuerza del dolor, Sarah Bernhardt? Tú también das tu sangre, en estos

días que tanta sangre ves correr, y no la das por tu patria, aunque bien sabe Dios que por tu patria la darías si te la pidiera. ¡Cómo recordarás ahora aquellos otros años terribles, los de la primera invasión alemana, en que llevaste a los heridos el consuelo de tu palabra, el apoyo de tu cariñosa solicitud, vestida de enfermera, poniendo en tu papel la inteligencia que en todos los tuyos ponías y un poco más de alma! Ahora, no puedes curar heridos; necesitas que te curen a ti; te duele restar cuidados a otros, los tuyos y los que se te dan. De seguro has dicho, más de una vez:—Yo sola me basto para curarme—pensando que han de llegar tus fuerzas a donde llegó tu voluntad. Te calumniaban los que decían que sólo buscas la exhibición. Ahora, pobre gran comedianta, no es hora de exhibiciones. Antes, cuando lo fue, seguramente quien te puso aquel mote de Sarah Barnum buscó, poniéndotelo, aquello que en ti con mayor violencia vituperaba. Tú fuiste como fuiste, por la fuerza de tu propia vida, por la que te dejaste llevar, guiando siempre tú, como barco arrastrado por la corriente de un río, que una mano firme sabe mantener alejado de ambas orillas. Hoy, padeces dolor en un lecho, y si no has caído en el campo de batalla, en tu alma francesa hay algo que responde al dolor de los que en él cayeron y se alegra quizá de sufrir físicamente análogos dolores. Y cuando ya restablecida, vuelvas al teatro o no, veas otra vez la paz en tu patria grande, también tú tendrás derecho a llevar a sus aras, andando con algún trabajo que tu arte de actriz no logrará dominar del todo, un objeto menudo, una piernecita de cera, para que allí se quede como ex-voto.



II

SOMBRAS DEL PASADO

En alas de la guerra, no sólo se precipita sobre nosotros lo porvenir. También lo pasado vuelve. Pone, en el cuadro total, toques leves, como las voladoras siluetitas negras de los murciélagos que acentúan obscuramente la negrura del crepúsculo vespertino. Una de esas reviviscencias, de lo ya casi olvidado, nos la trae en estos días últimos la noticia del respeto con que las tropas alemanas han pasado ante el castillo de Aremburg, residencia de la septuagenaria emperatriz Carlota, viuda del que fue emperador Maximiliano de Méjico. La desventurada mujer, que parecía predestinada a una vida de grandeza y de felicidad, arrastra ya dos tercios de su existencia en dolorosa viudez, perdido el juicio. Por los alrededores de su castillo, quieto bajo la protección del escudo imperial de los Hapsburgos, la guerra y la muerte siegan vidas, arruinan ciudades. Todo es dolor violento y tumultuoso, en derredor de aquellas estancias llenas también de dolor, de otro dolor tranquilo como un remanso.

Una de las figuras que el siglo XIX ha de legar a la poesía de todos los tiempos es la del rubio Emperador de un día fusilado en Querétaro. Emperador de la barba vellida, Emperador de poetas, Emperador de cuento de hadas, de un cuento que, por malicia de la suerte, no tiene un risueño desenlace de conseja infantil; que cuando aún el final parece lejano, se ve interrumpido por una descarga cerrada, para continuarse luego monótona, inacabable, hasta hoy. El episodio del teniente Schmidt que, al mando de una patrulla germánica, llama a las puertas del castillo y a quien los servidores muestran, a hurtadillas, una anciana señora de negras vestiduras y blancos cabellos, es el último que se nos refiere.

¡Pobre emperatriz Carlota! Únicos días claros de su vida fueron los venturosos de Miramar, el otro castillo de las blancas torres, que se atedian en un cielo anubarrado, como cantó Carducci:

Deh come tutto sorridea quel dolce
mattin d'aprile, quando usciva il biondo
imperatore, con la bella donna,
á navigare!
A lui dal volto placida raggiava
la maschia possa de l'impero: l'occhio
de la sua donna cerulo e superbo
iva su'l mare.

El castillo istriano, con sus retratos y libros de poetas, —el romancero español abierto sobre una mesa— sus sentencias latinas grabadas en los muros, llenas algunas de presagios, impregnadas de misterio. Castillo de Miramar, sobre el Adriático,

... castello pe' felice giorni
nido d'amore costruito invano!

Esta imagen del nido de amor, de la espléndida oda carducciana, tiene una extraña correspondencia en otros versos anteriores, de nuestro Zorrilla. Zorrilla estuvo en México al lado de Maximiliano. Gozó de su amistad, recibió sus favores. Carlota, como el mismo poeta consigna en sus "Recuerdos del tiempo viejo" se sabía de memoria el "Don Juan Tenorio". Presenció Zorrilla la entrada en la ciudad cabeza de Nueva España de los imperiales esposos, radiantes en su juvenil majestad, y en las octavas reales de un poema, no el mejor de los suyos, "El drama del alma", queda un eco de aquel instante:

Me parecieron pájaros sin nido
que, por darse a volar, le habían perdido.

Aquellos primeros días debieron ser para Carlota y su esposo, sino de tranquilidad, de viva esperanza. Ella y él,





acostumbrados al mando, conscientes de su prestancia personal, fiados en la rectitud y blandura de su ánimo, juzgarían fácil empresa la de hacerse amar. Zorrilla en su poema, intenta darnos un reflejo de magnificencia y pompa:

Luego en grupos fantásticos ondea
la imperial comitiva, que camina
con grave lentitud; en él campea
de la brillante guardia palatina
el *uniforme rojo* y la librea
roja imperial, cuyo color domina
de aquel dorado grupo entre las olas,
como entre rubia mies las amapolas.

Pero en aquella sinfonía en oro y rojo, se esfuerza en ver el rojo dominar y anegar al áureo color, con presentimientos de poeta, que nada pierden de su poético valor aunque sólo queramos tenerlos por presentimientos "a posteriori":

Y el séquito imperial dejó en mis ojos
del sangriento color los visos rojos.

Pronto el rojo hubo de dominarlo todo, y en las campañas aztecas comenzaron a enseñorearse las banderas revolucionarias. No era un príncipe extranjero, un príncipe de leyenda, por grande y por noble que fuese, lo que el país quería. Ansiaba sólo su independencia, su libertad, no re-

cibida como una merced sino conquistada con las armas en la mano. Hubieron de separarse entonces, para no verse más, el emperador y la emperatriz. Ella volvió a Europa. Sus palabras, sus súplicas sólo hallaron desvío. Europa abandonaba a Maximiliano de Habsburgo. Cada negativa de auxilio desgarraba el corazón de Carlota, se llevaba a girones su razón. Díjose que no había llegado a tener noticia de la muerte del esposo. Acaso a su cerebro enfermo no llegaron los estampidos de Querétaro como no han llegado los cañonazos de alemanes y belgas en las luchas de hoy. Bien inspirado estaba Carducci al contar, entre las siniestras apariciones que auguran males a la pareja feliz cuando abandona el plácido asilo de Miramar, el rostro demudado de Juana la Loca:

E il viso bianco di Giovanna pazza
contro tua moglic.

Más dichosa tal vez que la hija de Isabel la Católica, no tiene Carlota que seguir y velar el féretro del marido muerto, esperando vanamente un ilusorio despertar. Acaso, en los limbos de su demencia, le ve todavía, bello y juvenil, como entonces, y no distante, sino al lado, amoroso y solícito; quizá es sólo un pobre ser vengativo, que nada echa de menos, porque nada puede sentir.

Maximiliano, tal como los retratos nos le muestran, tal como nuestro poeta nacional le describe, era de aventajadísima estatura, rubio y noble; Carlota, según los antiguos retratos, muy hermosa: el pelo oscuro se partía en dos gajos sobre la frente purísima; la nariz recta imperaba entre los ojos brillantes, sobre la boca sensual y la delicada barbilla. Del esposo, el poeta nos ha dejado una ardiente visión: "La primera vez que le ví, entrando en la capital, bajo su manto rojo de púrpura y escoltado por su guardia palatina de uniforme rojo, me pareció que tras de sí dejaba un rastro de sangre; y la última me dejó la impresión de haberle visto circundado de fuego como si saliera o cayera en un volcán". Sangre y fuego consumen hoy el mundo. En el país de los aztecas, en el que fue imperio de Maximiliano y Carlota, el fénix mejicano arde una vez más en su hoguera siempre atizada. La víctima propiciatoria de antaño no fue suficiente para aplacar a aquellas sanguinarias deidades. En el viejo mundo arde la guerra en torno al castillo de Carlota. Sólo ésta permanece, si es cierto lo que se dice, ajena al tumulto. Ya se lo dio todo al dolor; ya nada le queda por sufrir, y nada puede turbar la pacífica tranquilidad solitaria de su dulce locura. €

El Espanglish

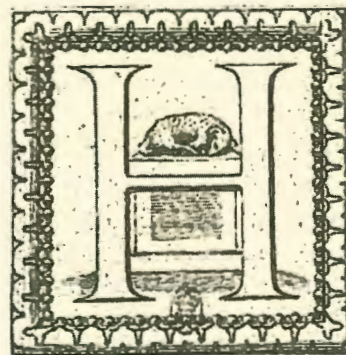
Speedy González, aquel ratoncito que asolaba a los gatos del Lejano Oeste y gritaba “¡Hurry, hurry, because los bandidos are coming to the hacienda!” era un ejemplo simpático del “pochismo” que caracterizaba hacia 1950 a los mexicano-norteamericanos. “Pochos” eran los mexicanos que se agringaban y gustaban de alardear su norteamericanismo ante sus parientes pobres de este lado de la frontera. El uso de palabras o de giros ingleses en su habla era considerado despreciable. Hoy en día el calificativo despectivo de “pocho”, que se daba a las personas, se ha visto sustituido por un sustantivo igualmente despectivo: “espanglish”, que nombra la manera de hablar (y de igual manera se habla de “portuñol” o de “franglais” cuando se trata de fenómenos semejantes entre el español y el portugués o entre el francés y el inglés). “Espanglish” se considera igualmente la expresión de un trabajador mexicano ilegal en Los Ángeles, que dice: “Hay que pushar la puerta para entrar a la marqueta y comprar unas grocerías”, la del atildado economista egresado de Harvard que opina que hay que “honrar los compromisos adquiridos con créditos stand-by”, “aplica



para un doctorado” o logra que su discurso “haga sentido”, o la más grave, de los servicios de doblaje de películas en televisión, que afirman, por ejemplo, que los serbios “retaliaron” los bombardeos de la OTAN. Esta interferencia del inglés en la expresión en español, debida a la ignorancia, a la necesidad avasalladora de integrarse en otra sociedad o a la manera en que muchas personas acomodadas creen darse pisto, es un fenómeno normal en situaciones de contacto y de mayor prestigio de una lengua sobre otra. No ocurre sólo entre mexicanos, sino entre todos los hispanohablantes (a mí me costó varios segundos entender que,

cuando un español insistía en hablar de su “ploter” se refería a su impresora o a su graficadora).

Pero si, como dije antes, “pocho” era una expresión adjetiva, hoy en día “espanglish” es sustantiva; lo que puede mirarse como el paso de una característica accidental de las personas y de su manera de hablar a su reconocimiento como hecho lingüístico por sí mismo. O dicho de otra manera, se produce la tendencia a convertir el “pochismo”, un fenómeno sobre todo léxico y pasajero, en toda una lengua, el “espanglish”, a la que se le atribuye una existen-



cia real. Así hoy en día, sobre todo para la prensa sensacionalista, el “espanglish” se presenta como una lengua en formación entre los “hispanos” de Estados Unidos de América; incluso hasta como una manifestación del “vigor cultural” de los cubanos, puertorriqueños, centroamericanos, mexicanos, etc. que han optado por quedarse en ese país y ganarse la vida en él, y de una “identidad” propia en ciernes de esos “hispanos”; en la prensa española sobre todo, que lo magnifica, se está convirtiendo en un morbosos proceso de destrucción de la lengua española y de invasión irremediable de la inglesa en nuestros países.

¿Qué revela el actual interés por el “espanglish”? Un profesor de literatura en Estados Unidos, de nombre Ilan Stavans, nacido en México, pero que acepta haber vivido aquí “desconectado de las cosas mexicanas” durante su niñez, luego emigrado al norte y finalmente interesado en nuestra hispanidad, como para escribir un libro sobre *La condición hispánica* y considerarse “el zar de la cultura latina” (¿?) —relata *El País* (domingo 2 de enero de 2000)—, juzga que el “espanglish” es una “jerga” que nace del choque o del encuentro entre el español y el inglés, y que está en vías de convertirse en un dialecto. Ejemplos de tal “espanglish” son expresiones como: “Prohibido el hangyeo. Violadores serán juzgados” (parece que *hangyeo* es una hispanización

de *hang around*, que quiere decir, en ese contexto, vagabundeo), y una buena lista de voces como: *aftersheif* ‘loción para después de rasurarse’, *brode* ‘amigo’, *carpeta* ‘tapete’, *cachar* ‘atrapar’, *guachar* ‘mirar’, etc. Es decir, se trata de la aparición de un vocabulario tomado del inglés, relativamente adaptado a la fonética (y quizás a la escritura) española, que desplaza los vocablos españoles comunes; se trata también de la influencia de ciertos fenómenos gramaticales del inglés sobre el español (por ejemplo, la omisión del artículo antes de los sustantivos; a veces el cambio de género; el uso del gerundio como equivalente del “present progressive”; la anteposición del adjetivo al sustantivo, modificando la función del epíteto en español); y se trata también de la calca de giros angloamericanos en español, como “te llamo de regreso”, incluso “te llamo pa’trás” en vez de “te vuelvo a llamar” o “correspondo tu llamada” (*I call you back*), etc. Nada extraño para quien ha pasado unos días en Nueva York o en Los Ángeles, escucha hablar a funcionarios del gobierno mexicano o lee cierta prensa “latina” en ciudades estadounidenses (no, por cierto, *La Opinión* de Los Ángeles). En Nueva York, un periodista contó lo sucedido con un titular que publicó su periódico “latino”: muchos lectores que leyeron: “*Mea culpa del alcalde*”, escribieron y llamaron indignados al diario por pu-



blicar una palabra tan indecente (¿realmente habrán entendido que el pobre alcalde orinaba tan metafísicamente?)

La interferencia del inglés, incluso la adopción de anglicismos es un fenómeno viejo. La vida contemporánea, que depende tan fuertemente de la tecnología norteamericana, es la mejor vía de entrada de anglicismos. Las jergas técnicas y científicas, como las de la electrónica, de la computadora, de la navegación aérea, etcétera están llenas de anglicismos. “Espanglish” es su designación actual más usada; es ante todo un fenómeno léxico, ligeramente ampliado a ciertas locuciones y no es homogéneo ni estable; exactamente lo mismo que el viejo “pochismo”.

Lo que vale la pena considerar es cómo este fenómeno se quiere convertir en “dialecto” o “lengua” de los “hispanos” y cómo pasaría a formar parte de una “identidad hispana” en Estados Unidos de América. Hay que comenzar por distinguir algunos hechos sociales en las comunidades de lengua originariamente española en Estados Unidos. El primero es que las procedencias culturales y de educación de los inmigrantes mexicanos y centroamericanos, puertorriqueños, cubanos, etc. son muy diferentes entre sí y en cada grupo. Parte de los cubanos avicinados en ese país se considera a sí misma exiliada, a causa de un go-

bierno cubano al que repudian, y reivindica permanentemente su derecho a seguir siendo cubanos y recuperar algún día su territorio. En su mayoría son cubanos educados, bien de la vieja clase media o bien ya producto de la educación revolucionaria, aunque disidentes políticos. Unos y otros se sienten cubanos y afirman su patriotismo; unos y otros recibieron una educación elemental sólida de su lengua española. De ahí que entre ellos predomine el bilingüismo, y cuando aparezca un vocablo como “carpetas” en vez de tapete o alfombra, aparezca como interferencia del inglés en su español. Habrá por lo tanto una pequeña lista de anglicismos de dominio común entre ellos, cuya estabilidad depende de que su vida cotidiana siga siendo la misma. En el momento en que vuelvan a Cuba, desaparecerá.

Los mexicanos y con ellos los demás hispanoamericanos que han ido a trabajar legalmente a Estados Unidos y van adquiriendo poco a poco esa nacionalidad, suelen ser también personas que tienen una educación suficiente de su lengua española y que aprenden el inglés tan bien como para volverse bilingües; se pueden reunir con el grupo de los cubanos y el léxico inglés que interfiera en su español dependerá de la región en la que habiten. Para ellos fue una decisión consciente adquirir la nacionalidad estadou-



nidense y reconocen la constitución jurídica y lingüística mayoritaria de Estados Unidos. Muchos de sus hijos ya sólo entenderán pasivamente el español y terminarán por perderlo. Los mexicanos y centroamericanos que, por el contrario, han llegado a trabajar ilegalmente y, mediante diferentes procesos judiciales logran quedarse a vivir en Estados Unidos, tienen características muy distintas: primero, en su mayoría o eran analfabetas o tenían una educación mínima de su lengua materna; segundo, no comparten una misma idea de patria ni entre sí, ni con la que se conserva en sus países de origen; tercero, su actitud es más bien de huida y de búsqueda desesperada por alcanzar un mejor nivel de vida, tras generaciones de miseria material e incluso moral. Se esfuerzan por aprender el inglés; recurren a las escuelas bilingües, insisten en ellas en que sus hijos no reciban apoyo en español y comienzan a mezclar vocabulario inglés en su expresión popular hispánica, junto con las locuciones que tanto se utilizan en el comercio verbal estadounidense. En dos generaciones, el español desaparece.

Quedan los trabajadores ilegales que estacionalmente cruzan la frontera para emplearse en las cosechas y, a veces, se vuelven jardineros, sirvientes, ayudantes de mecánico. Como el grupo anterior, son analfabetas o casi. No pueden recibir cursos de inglés, ni su poca educación les ayuda a aprenderlo. Aprenden las palabras y las expresiones mínimas necesarias para poderse desenvolver en la vida cotidiana. Son, realmente, hispanohablantes mono-

lingües, que toman préstamos del inglés. Si logran quedarse en Estados Unidos, siguen el camino del grupo anterior; si regresan a México, su "espanglish" desaparece. Entre estos grupos, el "espanglish" es un fenómeno oral, que sólo llega a la escritura en letreros y avisos en los barrios o, a veces, en las aduanas estadounidenses (señal, esta última, de la improvisación de avisos para hispanohablantes que no se comportan como el resto de los viajeros, y del poco aprecio que les tiene el aparato oficial estadounidense).

Un último grupo, que no hay que olvidar, es el de los políticos hispanoamericanos educados en el mundo angloparlante y que, por circunstancias que también tienen explicación, pero no desarrollaré, llegan a creer que el inglés es realmente una lengua más expresiva que el español, destinada a convertirse en la única lengua universal. Son bilingües, pero adoptan léxico y expresiones como préstamos que les dan prestigio en los círculos sociales en que se desenvuelven. Su "espanglish" es menos pernicioso que su colonización mental.

Sobre la base de esos hechos sociales ¿qué haría falta para que realmente se produjera una mezcla estable, un *pidgin* español-inglés, y posteriormente una nueva lengua? Ante todo, que los grupos hispanohablantes más desfavorecidos impusieran sus maneras de hablar al resto y a los medios de información. Es decir, que se escribiera regularmente y se adoptara institucionalmente su existencia. Eso se puede lograr cuando se forman movimientos militantes reivindicadores, como el de los chicanos, que disfrutaron de cuotas





raciales en las universidades y las empresas, y les resulta más redituable afirmar que su lengua originaria ya no es español (y que, en relación con el español de México, nunca lo ha sido, como esporádicamente se oye entre chicanos de California) y tampoco lo es el inglés. Hay algunos académicos chicanos que, en la moda de los “estudios culturales”, intentan elevar al nivel del arte manifestaciones escritas intrascendentes; y, por supuesto, académicos avecindados en Estados Unidos, que buscan así deslumbrar al lector de los periódicos y asegurarse un puesto en los centros universitarios de investigación. Es el mismo tipo de fenómenos que se produce ahora en España con algunos valencianos frente al catalán, o con algunos andaluces frente al castellano.

Otra manera de dar lugar a ese proceso de formación de una mezcla estable de lenguas sería el decaimiento de la educación, tanto en inglés como en español. Si a base de *vox populi* se vuelve realmente imposible utilizar una expresión latina como *mea culpa*, porque la ignorancia de los lectores de un periódico se impone sobre el conocimiento de las lenguas y los sistemas educativos, sin duda se abriría un espacio de vida para el “espanglish”. Hay que señalar aquí la responsabilidad que en ello tendrían los intelectuales que lo festinan y los funcionarios de educación de Estados Unidos y de los países hispánicos.

Los pídgines o las lenguas criollas se han formado siempre a lo largo de siglos y en situaciones de extrema incomunicación, unidas a esclavitud, racismo y explotación. Aunque hay tendencias en Estados Unidos a imponer leyes



racistas y discriminatorias contra los hispanoamericanos, los intereses económicos en ese país son tan variados y a veces tan encontrados, que parece difícil que se llegue a formar un bloque monolítico xenófobo, capaz de impulsar una discriminación total que lleve a la imposibilidad de que los inmigrantes hispanoamericanos aprendan inglés y a la vez les impida hablar español. El “espanglish” se convertiría en el único medio desesperado de comunicación entre ellos. Pero para ello haría falta también que esa población hispánica aceptara vivir en el sojuzgamiento y la esclavitud.

Más perversa es la posibilidad de que la *intelligentsia* estadounidense opte por una Hispanoamérica “ilegalizada”, inerte ante la imposición extraterritorial de sus leyes (tenemos el ejemplo de la persecución de narcotraficantes por policías estadounidenses en territorios hispanoamericanos), convertida en gran maquiladora industrial y, poco a poco, enajenada de su cultura por la industria del consumo y el espectáculo estadounidenses. En ese momento nuestras culturas desaparecerían y el “espanglish” sería una fase de transición hacia el inglés, o el estado permanente de los “proles”, que imaginó Orwell en 1984 o que dramatizó el director de la película *Blade runner*.

No ha sucedido nada por el estilo hasta ahora. El anglicismo, ya sea como interferencia, como préstamo o como calca es un fenómeno normal del contacto entre lenguas y entre civilizaciones. Ojalá y el morbo periodístico no termine por hacer del “espanglish” un monstruo de papel, que luego se vuelva Frankenstein. €

Ocho vidas de santos (homenaje a Luis Astey)

No conocí a Astey como maestro ni como investigador. Sus libros han sido para mí, como para muchos otros, su carta de presentación. *Dramas litúrgicos medievales* me acercó a lo que es quizá uno de los terrenos más ajenos a nosotros como estudiantes primerizos, los orígenes del teatro occidental. La casualidad me llevó a Hrosvitha de Gandersheim y a la traducción de Astey de las seis comedias de la monja; el trabajo, a conocer la edición que preparó de una carta a la reina Gerberga sobre el fin del mundo y la llegada del Anticristo, publicada en *Varia lingüística y literaria*.

Cuando el año pasado el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios decidió preparar las *Ocho leyendas*, como homenaje al maestro, creí encontrar una obra como *Dramas litúrgicos*, es decir, un texto con notas explicativas y algún comentario erudito como introducción. No fue así, porque el tiempo no se lo permitió al traductor, que hubiera sido asimismo editor de estas composiciones hagiográficas. En la "Semblanza", Gabriel Astey asegura que a su padre no le gustaba exhibir esa erudición exigida malamente por las instituciones, y que este libro, desnudo de todo aparato crítico o de notas a pie de página, hubiera sido del total agrado de Luis Astey. Este comentario del hijo nos hace reflexionar en lo que vale más de una traducción como ésta, que a muchos parecerá fuera de lo común. No hay que indagar demasiado para encontrar declaraciones de Astey al respecto. En *Los tres dramas de Hilarion*, asegura que su traducción se proponía acercar los textos al interesado; en *Dramas litúrgicos*, que su versión, aunque no perfectamente literal, serviría de guía para la lectura de los originales.

Creo que al maestro le importaba que se leyera bien. Quizá le parecería que el texto era mejor leerlo completo y con atención, para que dudas y comentarios se consolidaran en preguntas concretas, y no se fueran medio llenando con notas a pie, dando al lector, tal vez, la falsa seguridad de haber comprendido lagunas, cuando en realidad faltaba recorrer un mar. Quizá por eso, en otro sentido, las notas de Astey fueron tan amplias: cubrían la mayor cantidad de aspectos de una palabra o una frase que le parecía importante que el lector conociera bien, y daba el mejor contexto histórico y cultural posible, para que se volviera a su lectura cuanto antes.

Quien lea estas *Ocho leyendas*, no se equivocará al suponer que Astey trabajaba una y otra vez las líneas de su traducción. El español de las leyendas se recrea en hipérbatos y otros lujos de la *elocutio*, pero es extraordinariamente legible, claro, cadencioso, revela un eco del latín. Cuando Alma Wood facilitó el original latino de Hrosvitha, se pudo comprobar lo que era evidente: la fidelidad de Astey al texto de la monja infunde una vivacidad sorprendente a las leyendas.

Las leyendas de Hrosvitha relatan en verso la vida, martirio o milagros de santos y vírgenes. Astey conservó las largas tiradas de versos en que se construyó el texto latino. María, Gongolfo, Pelagio, Teófilo, Basilio, Dionisio e Inés, son las vidas que Hrosvitha presenta a la reina Gerberga, su protectora. La fuente más visible de algunas de estas leyendas son los Evangelios apócrifos. Para otras, como la vida de Pelagio o de Gongolfo, la fuente es más incierta.

La historia de Pelagio es representativa de lo que encontramos en la selección de la monja. El relato inicia con la presentación de la Córdoba cristiana, invadida

por los sarracenos, el conflicto de sus habitantes ante la imposición de otra religión y su voluntad de morir antes que ceder al nuevo culto.

Cuando el rey enemigo se da cuenta de que no doblará la fe de los cordobeses, permite la convivencia de las dos religiones, siempre y cuando —bajo pena de muerte— los cristianos respetaran los ídolos sarracenos.

La aparente tranquilidad que logró el decreto dura hasta que Abdrahmen ocupa el trono y avanza entonces sobre Galicia, el único pueblo hispano que desobedecía continuamente el decreto de sus antecesores.

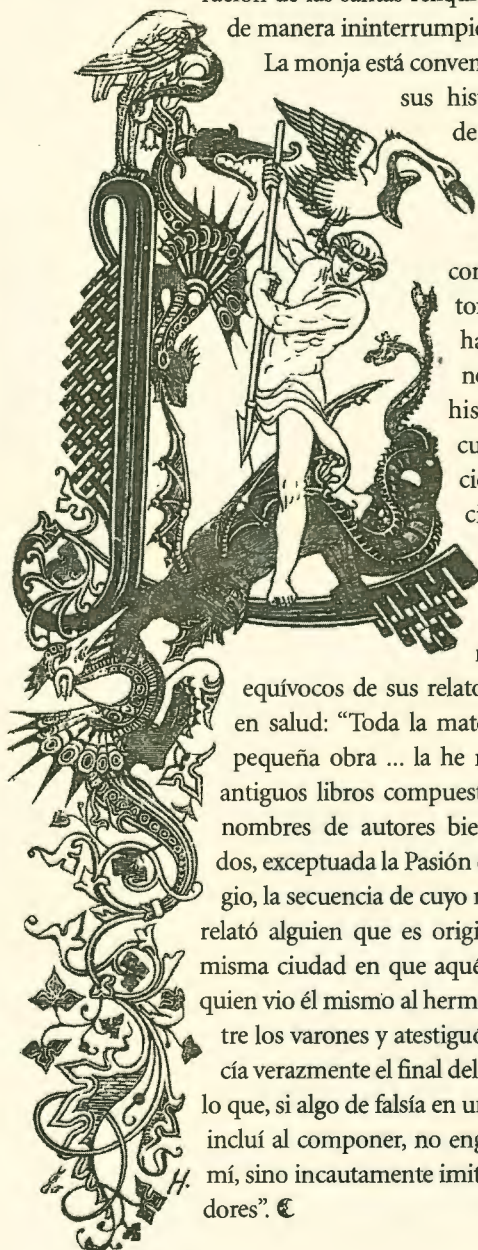
Apresado el caudillo gallego, los sarracenos piden por él un rescate cuantioso, que nadie puede pagar. Pelagio, hijo del cabecilla, se ofrece en prenda para que su padre sea liberado y consiga el rescate. Abdrahmen regresa a Córdoba con Pelagio prisionero.

Homosexualidad y martirio son los elementos principales de la segunda parte de la historia. La elocuencia de Pelagio le granjea la buena voluntad de los nobles cordobeses, quienes convencen a Abdrahmen —que gustaba de los jóvenes hermosos— para que libere a Pelagio y aproveche el don de palabra así como la belleza del muchacho. El rey se enamora del joven: por amor acepta que Pelagio se burle de sus ídolos y sus rechazos. La paciencia de Abdrahmen se acaba cuando Pelagio, en vez de un beso, le da un golpe.

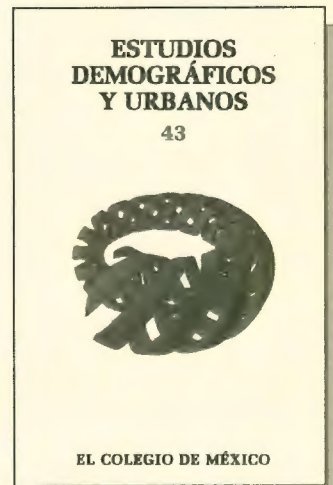
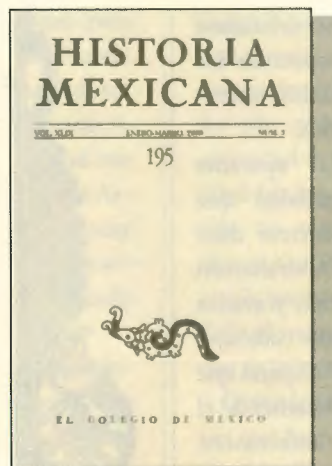
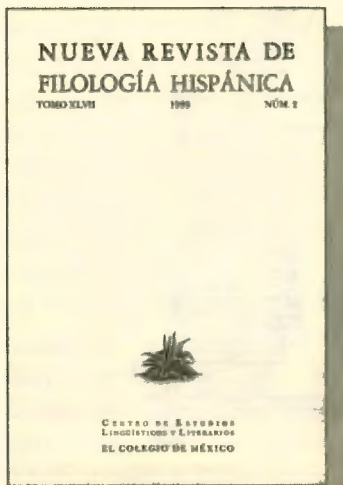
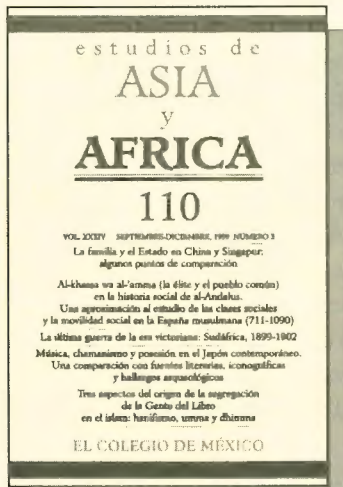
El sarraceno manda que con una catapulta arrojen a Pelagio contra las márgenes de un río. Sin embargo, su cuerpo no se destroza —suponemos que tampoco muere— y Abdrahmen ordena que le corten la cabeza. Arrojan el cadáver del joven al río donde flota hasta que unos pescadores lo recogen y venden muy caro a un cenobio, donde lo entierran. Empiezan los milagros y la suspicacia de los cenobitas, que deciden hacer una prueba: introducen la cabeza de Pelagio en un horno que ha estado ardiendo durante horas, y la cabeza sale intacta y resplandeciendo, con lo que se confirma la santidad alcanzada por el martirio y la veneración de las santas reliquias se realiza de manera ininterrumpida.

La monja está convencida de que sus historias pueden no ser siempre veraces. Con una conciencia autoral que no ha usado la noción de lo histórico en cuanto intención de veracidad, se adelanta a los que descubrirán los

equivocos de sus relatos y se cura en salud: “Toda la materia de esta pequeña obra ... la he recogido de antiguos libros compuestos bajo los nombres de autores bien informados, exceptuada la Pasión de san Pelagio, la secuencia de cuyo martirio me relató alguien que es originario de la misma ciudad en que aquél padeció y quien vio él mismo al hermosísimo entre los varones y atestiguó que conocía verazmente el final del asunto. Por lo que, si algo de falsía en una o en otra incluí al componer, no engañé de por mí, sino incautamente imité a engañadores”. €



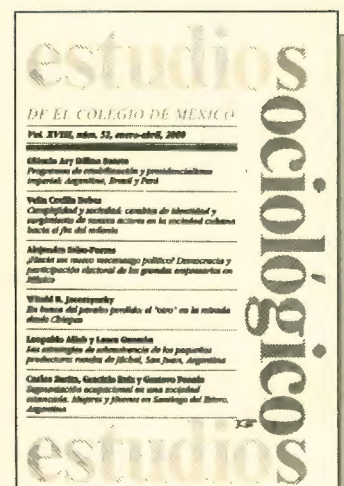
Publicaciones periódicas



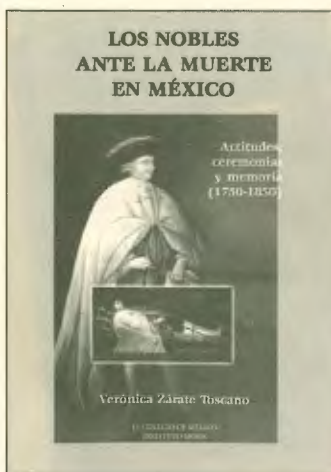
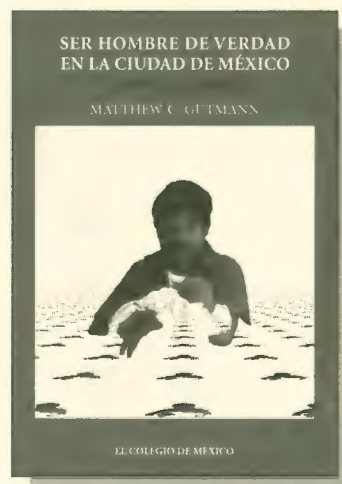
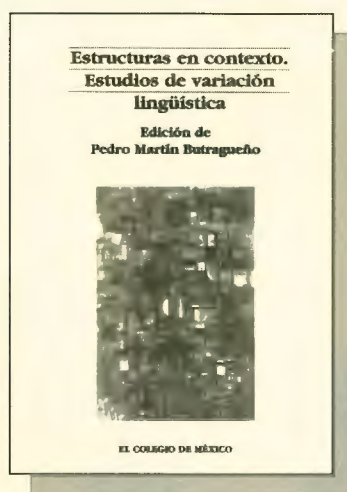
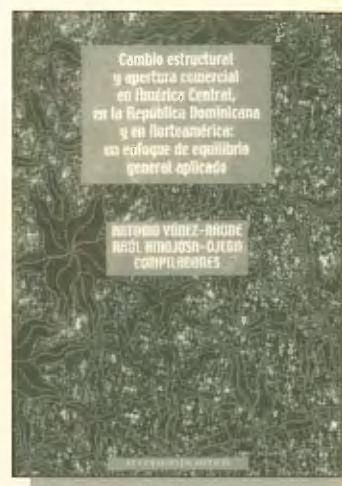
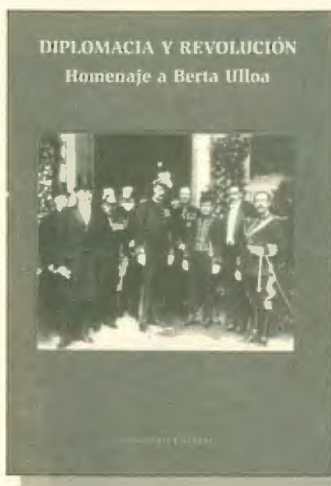
EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

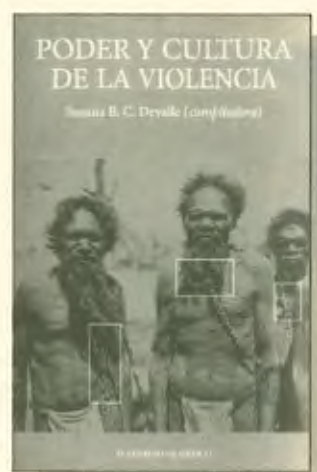


NOVEDADES

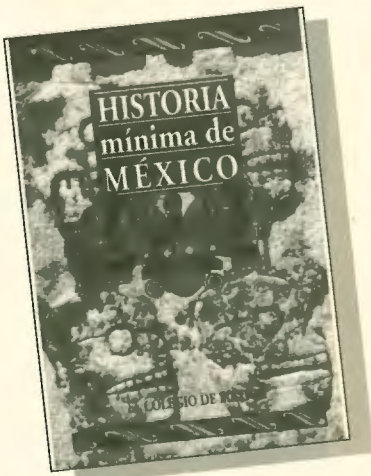
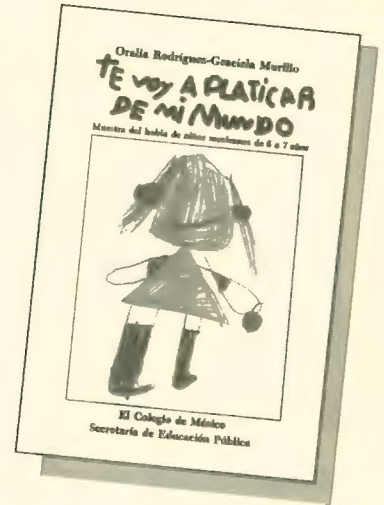
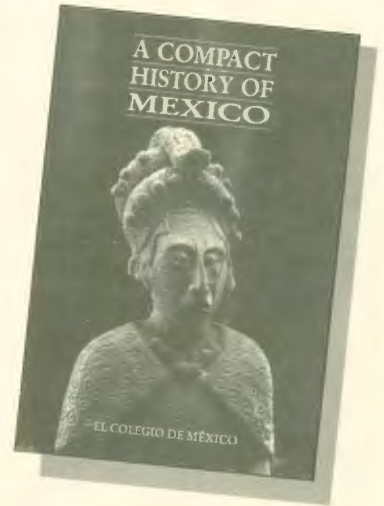


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



Reediciones

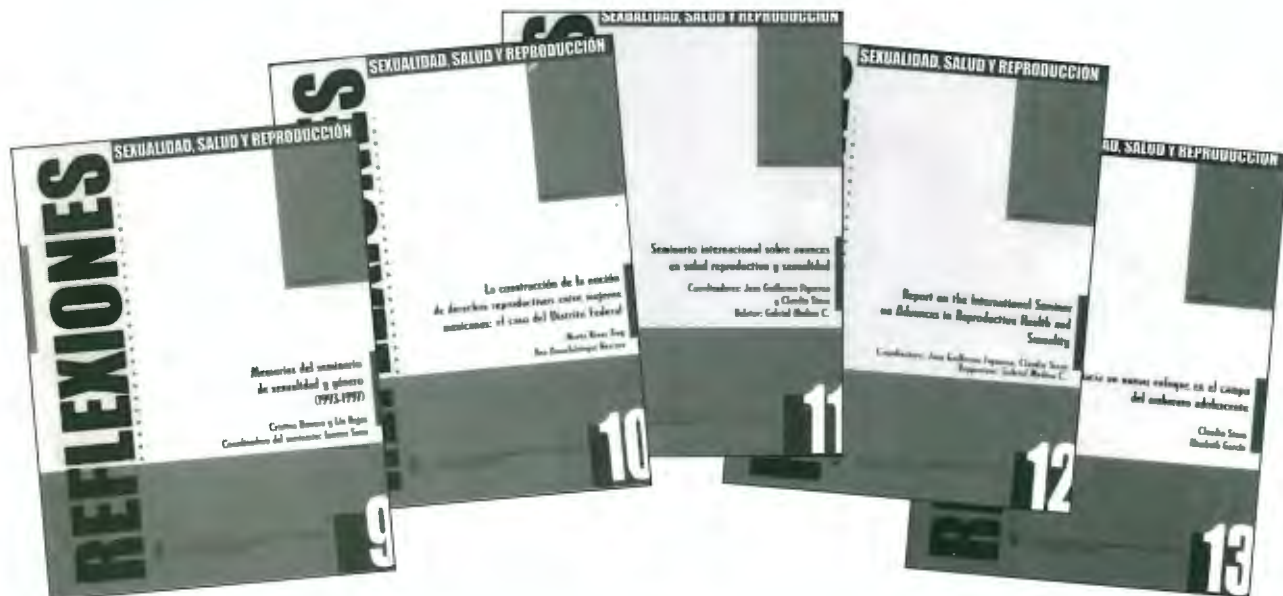
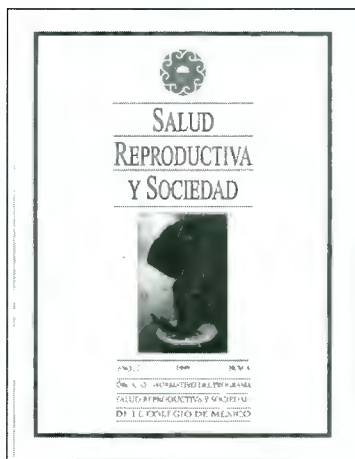


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



De reciente aparición

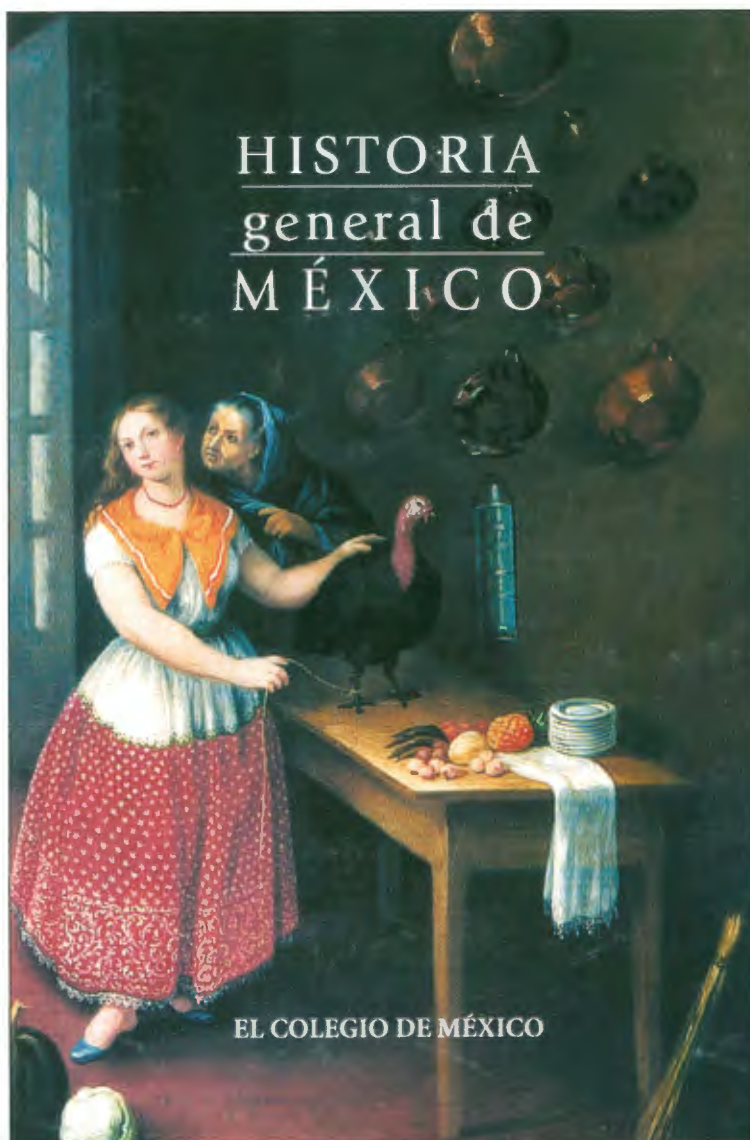


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



Búsquelo en librerías



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx